



ANTONIO JUNTO A SUS CINCO HIJOS,
DANIEL, FABIAN, SERGIO, GABRIEL Y SABRINA.



SUSPIRO

Revista de moda y belleza
FEBRERO 2014, 100
1000000000000000

ON SALE!

¿Wah, wuh, wuh?
Llegó el momento
de la compra
inteligente

JAMIE DERNAN

El nombre de
2014, el más de
nave realidad tras
sus fantasmas

15 TIPS

**FARAUNA DIETA
QUE PUEDE
SALVAR TUNDA**

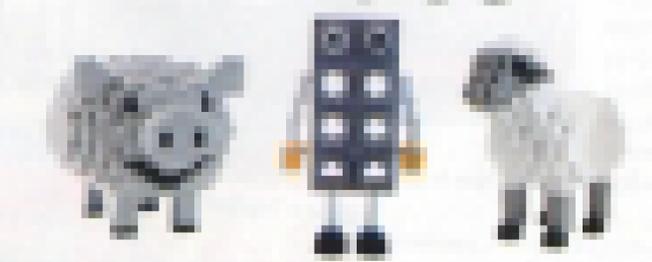
CUPIDO
regala tu
figura

ESPECIAL San Valentín

Teatros, cine, televisión, internet, turismo, salud
¿Por qué no? La mejor guía para disfrutar de tus vacaciones



Antonio Dimare



LADRILLO SOBRE LADRILLO

POR GABRIELA PICUSO

Tenía 14 años cuando llegó a la Argentina. A los 19, el destino puso en su camino una vieja juguetería y quedó atrapado para siempre en ese mundo de fantasía. Pescató del olvido a los míticos ladrillos Rasti y los transformó en un éxito de ventas. A punto de cumplir 50 años en la empresa que hoy dirige junto a sus cinco hijos, sigue creyendo que "jugando, uno aprende a vivir mejor" y recuerda "A mí nunca me regalaron un juguete, sólo tuve los que nos fabricábamos con mis hermanos con pinzas, medias y lo que pudiéramos encontrar por ahí". Y con 72 años recién cumplidos, mantiene intacta la esencia de chico nacido en Brienza, un pequeño pueblo de montaña enclavado en el sur de Italia. »

» Desde allí, emprendió un viaje sin retorno junto a sus padres Teresa y Cataldo, y sus hermanos José y Alfredo. Como tantas otras familias, cruzaron el Atlántico rumbo a Buenos Aires, escapando del desconsuelo de la guerra y la hambruna. Llevaba sus dos únicos tesoros: una bicicleta y un reloj que le habían regalado sus tíos. Su sueño era dejar atrás el horror y venir a “hacerse la América”, una posibilidad segura, según los dichos de Sisina, su hermana mayor, que había llegado a la Argentina dos años antes. El chico campesino rápidamente echó raíces. Conoció a Fulvia, su compañera de vida, y trabajó duro desde el primer instante. Fue vendedor de arañas, de ropa, almacenero, hasta que el destino puso en su camino una vieja fábrica de juguetes a la que le dio nueva vida.

“Siempre me interesó que los chicos, además de jugar, pudieran aprender algo”, sentencia. Su obsesión: los ladrillos para armar. Esos que logran que padres e hijos vivan momentos únicos al construir algo juntos. Por eso fue al rescate de los emblemáticos Rasti, una tarea en la que lo acompañaron sus hijos Daniel, Fabián, Sergio, Gabriel y Sabrina. El círculo se cerró y Antonio, el hombre con alma de niño, se sienta tranquilo a contar su historia de cinco décadas al frente de una empresa familiar que fue creciendo y capeando temporales según el humor de las economías.

¿Qué sintió cuando tuvo que dejar su tierra natal?

Era tal el entusiasmo por reencontrarnos con mi hermana Sisina que hacía dos años que había emigrado y las ganas de emprender una nueva vida en esa Argentina tan prometedora, que pese a los llantos de mis padres, parientes y amigos que nos despedían, no recuerdo haber sentido tristeza ni haber llorado al alejarme de mi pueblo. Pero cuando el barco empezó a alejarse del puerto de Nápoles, cuando la vorágine de la partida se había aplacado, allí lloré y mucho. Dejaba el único mundo que había conocido hasta entonces.

¿Qué esperaba encontrar en la Argentina?

Trabajo para mi padre, mi hermano y para mí. Realmente era lo único que esperaba y lo encontré. Los primeros meses fuimos a vivir a la casa de mi hermana en Hurlingham a quince cuadras de la estación del ferrocarril Urquiza. Quince cuadras de tierra, sin iluminación y sin colectivo. Era como cruzar el desierto, ¡y ni hablar cuando llovía! A los pocos meses, mis padres que habían vendido lo poco que tenían en el pueblo natal, compraron una hermosa casa a estrenar en el barrio de Villa Lugano, sobre una de las pocas calles asfaltadas y por la que pasaban dos colectivos. Allí viví hasta que me casé.

Primeros pasos

Antonio consiguió su primer empleo al mes de haber llegado de Italia en una fábrica de arañas para iluminación sobre avenida La Plata, frente al estadio



viejo de San Lorenzo de Almagro. “Por sugerencia de una tía, con el primer sueldo compré una olla a presión Marmicoq para mi madre. En ese trabajo sólo estuve tres meses. Luego entré a trabajar en un importante negocio de ropa de la calle Santa Fe en Puente Pacífico, Eduardo Sport. Ese puesto marcó mi destino porque me di cuenta de que me desenvolvía bien, que podía. Entonces me dieron ganas de emprender mi propio negocio, de independizarme, de crecer. Así fue que cuando se presentó la posibilidad, con mis hermanos juntamos los ahorros que teníamos y compramos una fiambrería”.

¿Cómo pasan de la fiambrería a los juguetes?

Luego de tres años, como en la fiambrería los domingos vendíamos pastas frescas, se nos ocurrió comprar una fábrica de pastas. En enero de 1965, con mis hermanos salimos con el diario bajo el brazo, fuimos a ver una en el barrio de Liniers. Pero estaba abandonada y con máquinas muy viejas. El aviso que le seguía era de una fábrica de plásticos que producía juguetes. Como quedaba cerca fuimos a curiosear. Era de una pareja mayor que quería vender porque ya no podían seguir atendiendo su negocio. Era una pequeña y rudimentaria fábrica de juguetes, con un taller y un local al fondo. Nos explicaron que fabricaban juguetes, artículos de Navidad, de carnaval y de librería. Cuando con mis hermanos vimos cómo de esas máquinas y matrices salían formas y objetos, como por arte de magia, nos miramos

“ Mis hermanos y yo pusimos esfuerzo, sacrificio y pasión ”

con la misma alegría que sienten los chicos cuando abren un regalo. Había autitos, avioncitos, camiones, alcancías, sonajeros, castañuelas. Lo adquirimos, nos dedicamos a mejorar las matrices y a comprar maquinaria.

¿Cómo obtuvieron la inversión?

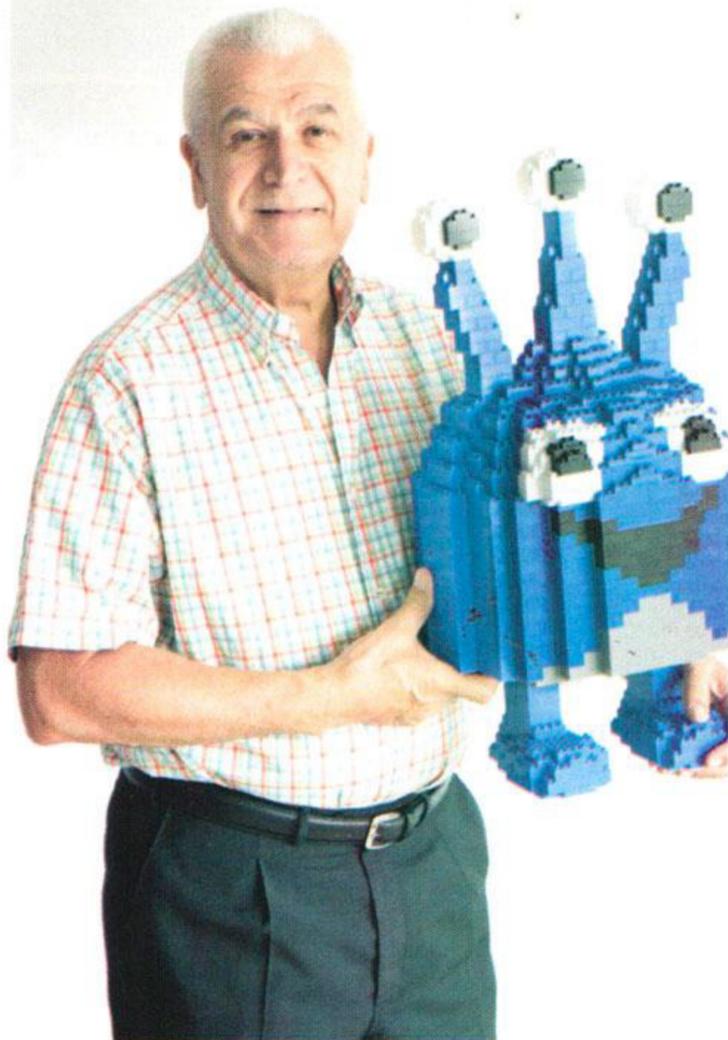
Necesitábamos financiar una parte y ni siquiera sabíamos dónde quedaba el banco. Entonces además de poner los ahorros de toda la familia le pedimos un préstamo a un paisano amigo, Carmelo Coppola. Así lo hicimos y de inmediato él creyó en nosotros y tuvimos el crédito que necesitábamos a tasa cero, sin garantía y sin vencimiento. En este emprendimiento, especialmente en los inicios, mis hermanos y yo pusimos esfuerzo, sacrificio y pasión. Para ser empresario puede faltar capital, capacidad o espacio, lo que no puede faltar es la mentalidad emprendedora. Eso nos llevó a aprender rápido. En un año entre los juguetes, la fiambrería y el sueldo de mi padre cancelamos la deuda y devolvimos el préstamo.

Crecer a pesar de todo

En la década del 70, la fábrica de Dimare ya se había mudado a un taller de 300 metros y había adquirido nueva maquinaria.

¿Cómo se despertó su obsesión por los ladrillitos para armar?

Me llegó el comentario de que querían vender las matrices y la marca Rasti, pero se me vino el mundo abajo porque pedían mucho y no contaba con tanto dinero. Mi obsesión por Rasti venía de la década del 70 cuando apareció en el mercado y fue furor en las jugueterías por su calidad y su nivel de innovación. Fue el primer juguete de construcción en tener motores y luces a pilas. Fabricar ladrillitos para armar significa entregarles a los chicos un sistema de elementos para que ellos se armen sus propios juguetes. Tal vez lo veo así porque es mi alma de inmigrante, de querer progresar, construir mi propio futuro, la que me inspira. Quiero estimular a los chicos y generar futuros creativos y constructores de sus vidas y de una Argentina mejor. En la apertura económica de Martínez de Hoz, a mediados de los 70, se dejó de vender todo lo que antes te sacaban de las manos, y para revertir esa situación lanzamos la primera línea de ladrillitos, Plastiblock, para competirle a Rasti. Increíblemente eso nos hizo crecer y nos permitió incursionar en la exportación a varios países. Con la apertura económica de los 90 tuvimos que tapar las máquinas y las matrices y convertirnos en importadores. El corazón de fabricante lo tuvimos que dejar hibernando. Pero salir al mun-



“
*Es mi alma de
inmigrante la que
me inspira*
”

do sirvió para renovarnos, forjar vínculos comerciales y sacar nuevas ideas. Luego con el fin de la convertibilidad a principios de este siglo, fue imposible seguir importando. Ya con todos mis hijos incorporados a la empresa, reiniciamos exitosamente la fabricación nacional. Ellos rediseñaron y crearon productos, marcas, packagings. Además de recuperar la marca Rasti inauguramos una planta de 8000 metros con más de sesenta empleados. Pudimos mantenernos a flote a pesar de los temporales. Mis grandes sueños fueron: la familia y el trabajo. Cuando logré la familia que tengo, esposa y cinco hijos, me sentí el hombre más dichoso del mundo. Le di gracias a Dios y a Fulvia, mi esposa, que fue y es la gran artífice de todo lo logrado. El legado más importante que de-

remos para nuestros hijos y nietos es la certeza de que con trabajo, esfuerzo, honradez y perseverancia, todo es posible.

¿Qué aprendió de los niños después de tantos años de fabricar juguetes?

Que son felices con mucho menos de lo que los mayores nos imaginamos.

Pacto entre paisanos

La solidaridad fue una de las principales características de los grupos de inmigrantes que llegaron a nuestro país. Venían de los mismos horrores, viajaron en los mismos barcos, sentían la misma nostalgia, hablaban los mismos dialectos. Rápidamente comprendieron que mantenerse unidos era la mejor forma de prosperar sin tanto desamparo en un país ajeno, lejano y desconocido. Antonio Dimare lo sabe muy bien. Varias veces en su historia de progreso, sus paisanos italianos fueron socios y aliados estratégicos para alcanzar sus sueños.

“Durante tres años guardamos en secreto el operativo retorno de la marca. La única referencia que teníamos era que estaban en Brasil. Un colega, también italiano, en una exposición del juguete en San Pablo descubrió que las matrices estaban en Blumenau, en un depósito abandonado de la textil Hering. Por suerte, el dueño de Hering también era italiano. Tras dos años de arduas negociaciones finalmente logré comprar las matrices. Cuando llegaron a la empresa me sentí feliz como un niño que deseó un juguete durante 30 años. Sin embargo, el día del lanzamiento, me sorprendió la repercusión que tuvo en los medios.

Hasta ese momento creía que sólo yo tenía esa obsesión por los bloques de Rasti, sin embargo había un club de fanáticos de la marca”. ☺

